



El taller literario de la DINA

PEDRO LEMEBEL

La historia me llegó entonces en los aires crispados de la dictadura, y en el diario La Nación de 1994, escribí la crónica de ese lugar donde la tortura y la literatura se daban la mano. Roberto Bolaños leyó el texto, lo comentamos en su primera visita, y luego él escribiría *Nocturno de Chile* sobre esta casita de lo Curro que fue visitada por conocidos escritores amigos de Mariana Callejas, la mujer de Michael Towly, personero de la DINA que tenía en ese mismo sitio “un laboratorio de gas para matar ratas”, un sinónimo macabro de los aposentos donde se torturaba opositores, al mismo tiempo que los invitados de la dueña de casa leían sus cuentos y odas líricas en plena dictadura.

Es posible creer que muchos de estos personajes nunca supieron donde estaban, pero en aquel tiempo era extraño no sospechar de un lugar donde se cruzaban gringos y cubanos de acento Miami con los artistas amigos de la Callejas. Esta mujer, una escritora con un pasado antimarxista en Patria y Libertad, era una promesa del cuento en las letras nacionales, publicada hasta en la revista de izquierda *La Bicicleta*, era alabada por la elite artística que frecuentaba sus salones, la desenvuelta clase cultural que no creía en historias de cadáveres y desaparecidos. Más bien le hacían el quite al tema recitando a Elliot, discutiendo sobre premios novel o meneando el culo escéptico al ritmo de la onda disco. Demasiado embriagados por el temple metálico de Mariana, La Callejas.

Es posible imaginar que muchos de estos invitados sospechaban realmente donde estaban, porque todo el país conocía el aleteo buitres de los autos sin patente. Esos taxis de la DINA que recogían pasajeros en el toque de queda. Todo ese Chile sabía y callaba. Todo ese mundo veía y prefería no mirar, no saber, no escuchar esos horrores que se filtraban por la prensa extranjera. Esos cuarteles tapizados de enchufes y ganchos sanguinolentos, esas fosas de cuerpos retorcidos. Era demasiado terrible para creerlo. En este país de escritores y poetas, no ocurren esas cosas, pura literatura tremendista, pura propaganda marxista, decía Mariana subiendo el volumen de la música para acallar los gemidos estrangulados que se filtraban desde el laboratorio de Michael en el jardín.



Con el asesinato de Orlando Letelier en Washington y luego la investigación que develo los secretos de la casita de Lo Curro, vino la estampida del jet set artístico que visitaba la casa, solo quedaron los amigos más íntimos de Mariana, un par de narradores que conocían los secretos de la casa. Estos eran los únicos que podían contestar el teléfono, y el día del crimen en Washington, interrumpieron el taller literario informando a Mariana: Okay, todo salió okay.

Aun así, aunque Mariana Callejas se convirtió en maleficio cultural y por varios años desplegó el terror en los ritos literarios que frecuentaba, igual ejercía un sombrío poder en los fanáticos del cuento que alguna vez la invitaron a la Sociedad de escritores, la fichada casa de calle Simpson, llena de afiches rojos, boinas y esas canciones de protesta que ella escuchó indiferente sentada en un rincón. Allí todos sabían el calibre de esa mujer que fingía escuchar atenta los versos sobre la tortura. Todos preguntando quien la había invitado, nerviosos, simulando no verla para no saludarla y recibir la descarga eléctrica de su mano.

Seguramente quienes asistieron a estas veladas en la casita de lo Curro, y hoy rememoran ese escenario por una carta enviada por Mariana Callejas al Mercurio dando fallidas explicaciones, podrán recordar las molestias por los tiritones del voltaje que hacia pestañear las lámparas, la música y el baile. Seguramente algunos, sabían de otro baile paralelo, donde la contorsión de la picana tensaba en arco voltaico la corva torturada. Es posible que hoy se hagan los ingenuos y no puedan distinguir un grito ajeno al destemple de la música disco, tan de moda en esos años. Entonces embobados, cómodamente complicitados por el status cultural y el whisqui que pagaba la DINA. Y también la casa, una inocente casita de doble filo donde literatura y tortura se coagularon en la misma gota de tinta y sangre, en una amarga memoria festiva que asfixiaba las vocales del dolor.